

DISCURSO DE LA EXCMA. Y MAGFCA. SRA. RECTORA DE LA UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, D^a. ADELAIDA DE LA CALLE PARA EL NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR HONORIS CAUSA DE D. JAVIER ANTONIO BONET CORREA

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,

Señoras y señores,

El claustro de la Universidad de Málaga acaba de recibir al profesor Antonio Bonet Correa como nuevo Doctor Honoris Causa. Siguiendo el rito centenario, el rito enraizado en la ilustración, ha recibido el birrete. El birrete como símbolo venerado de sus estudios y merecimientos. Y él nos ha correspondido con una lección bellísima, que nos reencuentra con Nicolás Maquiavelo, con su visión de la perspectiva, que no solo era pictórica, sino sobre todo humana. Hoy, como decía la doctora Rosario Camacho, es un día importante para la Universidad de Málaga. Para su facultad de Filosofía y Letras. Para el Departamento de Historia del Arte.

Hemos investido doctor honoris causa a un humanista, a un universitario, a un profesor que se ha dedicado lo esencial de su vida a enseñar en la Universidad pública. Humanista por vocación, pero también por tradición familiar, no en vano es hijo de un intelectual que compatibilizó las armas y las letras, y sobrino del profesor Correa Calderón, el hombre que enseñó gramática a varias generaciones de españoles. En su casa de campo, en un valle de Galicia, el joven Antonio Bonet tiene siempre a mano un libro de poemas de Borges. “Fervor de Buenos Aires”. Cuando años más tarde estudie por libre Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago aun lo seguirá recordando. Tal vez mañana, andando el tiempo, cualquiera de sus futuros biógrafos lo imagine en pleno paseo por Santiago, recordando versos borgianos, por calles que eran ya “la entraña de su alma, enternecidas de árboles y ocasos”.

Como buen humanista, su carrera de Filosofía le hizo feliz. Y como buen investigador, Antonio Bonet siempre quería que el día tuviera más horas. Se le quedaba corto. Los libros, las aulas nunca aburrieron su juventud, todo lo contrario. Algo a lo que sin duda contribuyó uno de los principales rasgos de su carácter de investigador. La curiosidad. Y la entrega. Mientras paseaba observaba la ciudad sus monumentos. Veía la contradicción entre la pobreza generalizada del campo gallego y la riqueza eclesiástica y monástica que reflejaban la suntuosidad de las obras que emprendían los grandes monasterios y las sedes episcopales. En su tesis doctoral analizó, precisamente eso: las bases económicas de la espléndida arquitectura monástica y eclesiástica gallega del siglo XVI edificada con las rentas extraídas de una población campesina sometida a argucias jurídicas que permitían el despojo de las explotaciones. Cuando una cosa le interesó siempre se volcó en ella, sin echar cuanta a las horas.

Su papel como profesor, como universitario no sería una excepción. La vida de Antonio Bonet sigue siendo un auténtico ejemplo de dedicación a la docencia, a la Universidad Pública. Su magisterio lo ha ejercido durante más de cuarenta años en las universidades de Santiago de Compostela, Murcia, Sevilla y Madrid y se ha extendido a diversas universidades americanas a través de cursos y conferencias. Un magisterio que se refleja también en más de un centenar de tesis doctorales que ha dirigido. Pero se refleja, sobre todo, en cuantos discípulos han recibido sus enseñanzas. Discípulos que fueron contagiados por su curiosidad, por su entusiasmo, discípulos que aprendieron de su capacidad para integrar y relacionar la historia del arte, la historia de la ciencia, la historia social a la literatura y la sociología.

En el profesor Bonet admiramos sus nuevos enfoques, sus nuevos caminos que fue abriendo a la investigación de la historia del arte y del urbanismo en España. Se basó para ello en la solidez y amplitud de su erudición, pero sobre todo, en su sensibilidad ante los valores de la obra de arte. Incluso con la agudeza de sus críticas. Si oírle es un verdadero gozo intelectual, no lo es menos leerle. Porque su prosa elegante sorprende a veces por la vehemencia

de quien está comprometido apasionadamente con la sociedad y los sucesos de la historia.

Como los grandes historiadores, su acercamiento a la historia no debe entenderse como un escape del presente; no es mera arqueología y curiosidad por las claves de lo actual; el profesor Bonet se dirige a la historia para comprender y conocer alguna de las claves que permitan entender el presente para proyectar mejor el futuro. Lo explica en una de sus grandes obras: “El Significado del Arte en Nuestro Tiempo”. Nosotros, en tanto que hijos de nuestra época, siempre queremos cambiar todo, transformar nuestro entorno, el mundo en el que vivimos. Pero transformar algo es muy duro. Según vamos cumpliendo años, nos damos cuenta de ello; de lo difícil que es cambiar las cosas, vencer todo lo que se opone en nuestro camino; pero, sobre todo, nos damos cuenta de que nada se hace desde solo desde uno mismo, con nuestro propio esfuerzo. Y mucho menos, una ciudad, que es producto de generaciones, de estados de ánimo, de sentimientos. Una ciudad es un viaje a través de los siglos al que nos lleva el magisterio de nuestro nuevo doctor honoris causa. Un viaje que es también el de su propia vida, el de sus estudios sobre la ciudad renacentista, la ciudad del barroco, la ciudad de la ilustración, la ciudad de la revolución industrial, la ciudad actual.

Una ciudad es un viaje en el que el profesor nos lleva de la mano, y nos asombra con sus descripciones sobre el Madrid del siglo XVI, esa especie de campamento de moradas inicialmente provisionales que acaban convirtiéndose en permanentes. Un Madrid que visto por el profesor Bonet representaba el triunfo de lo efímero, del telón y la apariencia, el predominio de la construcción entendida como contenedor de edificios temporales Historia y vida.

Cuando, a su vez, aborde nuestras ciudades del siglo XVII lo hará, una vez más, desde su perspectiva social, señalando decadencia bajo la máscara barroca, donde la arquitectura recargada y la fiesta serían formas de encubrir el decaimiento de los ánimos; una manera engañosa de paliar la miseria de los pobres.

La enseñanza del profesor Bonet ha sido una baza decisiva en favor de una práctica urbanística responsable. Desde el rigor y la libertad de un profesor universitario, ha luchado por un urbanismo actual renovador y tecnológicamente avanzado, un urbanismo que al mismo tiempo fuera respetuoso con las necesidades sociales y con la herencia del pasado. Buen gusto, mesura, altura de miras. Algo que hubiera evitado la desmesura y el mal gusto que acompañó, o que dio origen a la corrupción urbanística de los últimos años; eso que, en definitiva, él nunca dudó en denunciar, hablando sin tapujos: la pobreza mental de catetos y terratenientes que para sobrevivir necesitan aliarse a romos funcionarios de gestión y administración pública, gentes cuyos ideales estéticos reflejan la pésima decoración de las cafeterías a las que acuden para llenar el vacío de sus monótonas existencias o para realizar sofisticadamente sus negocios.

Cafeterías que, desde luego no se parecían en nada a los viejos cafés que estudió e inmortalizó el profesor Bonet en su obra. Cafés que fueron espacios de convivencia, de tertulia de diversión, incluso de espectáculo. Cafés que fueron siempre un lugar de observación del género humano, una atalaya para ver discurrir las horas, las estaciones del año. Refugio de soñadores literarios, como decía Ramón Gómez de la Serna. En un café es donde mejor se siente la lámpara viva del tiempo. El sabio reloj de arena de cada mesa.

El profesor Bonet defiende la recuperación de los viejos cafés. En el fondo es una manera de recuperar también la calle. Pese a la euforia funcionalista, el profesor Bonet ha defendido siempre el valor de las calles como lugar de sociabilidad. Donde aun late una vida de relación humana tan necesaria. Donde fluye el gentío que pasea despreocupado, contempla escaparates y mira a los que pasan como a su vez es mirado por los demás. Es un acto de inmersión en lo colectivo, un baño de multitud donde la gente se solidariza con los demás. Gracias a él es posible que el hombre vuelva a encontrar su propia identidad individual y comunitaria.

Quien lee al profesor Bonet se siente llevado de la mano por las anchas calles de la reflexión intelectual, incluso en los temas más sencillos de la vida. A veces a la manera orteguiana. Su meditación sobre la escalera, en la distancia, recuerda aquella inolvidable que el maestro Ortega y Gasset hizo sobre el marco. Las escaleras imperiales, escribe el profesor Bonet, las escaleras de los grandes palacios, creadas para espacios interiores, tienen también un sentido exterior. Un sentido que trata de imponer la idea de autoridad y poder, y como esa estructura constructiva típicamente renacentista y barroca pudo ser utilizada en el siglo XIX por una burguesía nostálgica de los fastos y grandezas del antiguo régimen.

De nuevo, el sabio reloj de arena que al cabo del tiempo une sus agujas en la Universidad de Málaga. Universidad pública, Un espacio para reflexionar esta tarde sobre la obra y la enseñanza del profesor Bonet. Una reflexión que en este marco siempre será sinónimo de armonía académica y, sobre todo, de respeto. La tolerancia y la amplitud de miras son virtudes académicas. Queremos que la universidad del futuro se base sobre ellas. Debemos ser optimistas.

El pensamiento utópico afirma que el porvenir puede ser radiante. Entre Borges y Maquiavelo, el profesor Bonet se confiesa moderadamente optimista. Espera que mañana el mundo sea mejor. Le seduce la utopía, pero, a veces... pone algún punto suspensivo.

Esta tarde, profesor Bonet, solo con oírle, tenemos un motivo mas para ser optimistas. Para pensar que es posible la ciudad utópica, un mundo más humano. Para pensar que, como usted, la Universidad nunca deja de ser joven.

Profesor Bonet, sea bienvenido al claustro de la Universidad de Málaga.

Muchas gracias.